

Breve sobre Viloría

Aunque usted, amigo, y probablemente paisano, no tenga mayores cualidades observadoras, es seguro que más de una vez habrá sido testigo de una escena como ésta. Un acontecimiento cultural, quizá meramente social. Y se oye decir:

-Ha llegado Viloría. Está ahí Andrés Viloría. Y esta presencia, tan clamorosa, acontece en el rincón menos iluminado por los focos que luego alimentarán la feria de las vanidades, en el corrillo donde las actitudes sean menos ostentosas y la voz se levante sin avasallamientos.

Así es Andrés Viloría, el pintor, el poeta. Me gustaría verlo cuando despliegue las hojas de gran formato en que habrá de componerse el monográfico que con tanto cariño como justicia se le prepara. A ver dónde se mete este hombre.

Otra cosa, por cierto, es lo que ocurre con su obra. Imagino al artista, o mejor dicho, lo sé de cierto y de cerca, trabajando con discreción frente a (y alrededor de) la pintura o el poema que tiene en marcha. Pero al llegar a su culminación, cuando A. V. pone el santo y seña de su firma, el producto resultante se abre paso con decisión hacia una vida propia que no consiente modestias. Una exposición o un libro de Andrés, ese casi eremita del Bierzo, ya no pueden ser contenidos por el carácter de su creador y se resuelven en esplendor, en proclamación sin velos.

En *La vitrina azul* (Alabado sea el Señor, qué maravilla de título) hay un escueto poema viloriano que pide lápida en piedra noble. Voy a hacer en él una tenue paráfrasis, apenas modificar un par de verbos y quedará dicho todo lo que mi corazón quiere poner aquí a la manera de quienes profesamos la escritura breve:

«El autor puede callar sobre sí mismo.

Pero la obra habla más,

lo dice todo».

ANTONIO PEREIRA